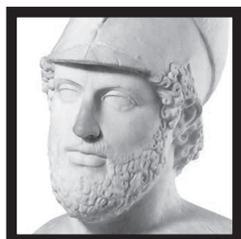


¿Cuál fue el camino seguido por las naciones más ricas del planeta?  
¿Cuál debe ser el de los países latinoamericanos que todavía registran altos índices de pobreza? No es ciertamente el dirigismo económico que nos proponen marxistas o populistas de izquierda y derecha. La realidad desmiente siempre sus postulados ideológicos. Son las sociedades abiertas, fieles a la libertad política y económica, las que se desarrollan y prosperan con éxito. Lo explican y demuestran los textos recogidos en esta cartilla. Extraídos de las obras de conocidos pensadores liberales de las dos orillas del Atlántico, a través de estos fragmentos vislumbramos la historia, no siempre bien conocida y con frecuencia distorsionada, de un pensamiento que cobra entera vigencia en el mundo globalizado de hoy.

## Pensamientos liberales

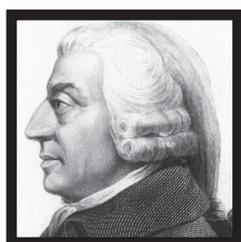


### Pericles

La libertad de la cual gozamos en nuestro gobierno la extendemos, asimismo, a nuestra vida cotidiana. En ella, lejos de ejercer una supervisión celosa de unos sobre otros, no manifestamos tendencia a enojarnos con el vecino por hacer lo que le place. Y puesto que nada hace opuesto a la ley, nos cuidamos muy bien de permitirnos a nosotros mismos exhibir esas miradas críticas que,

sin duda, resultan molestas. Pero esta liberalidad en nuestras relaciones privadas no nos transforma en ciudadanos sin ley. Nuestras principales preocupaciones tratan de evitar dicho riesgo, por lo cual nos educamos en la obediencia de los magistrados y de las leyes.

Tomado de *Oración fúnebre*



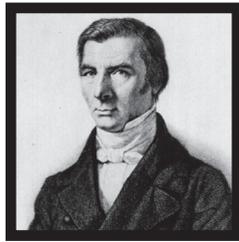
### Adam Smith

Cuando los particulares prefieren la industria nacional a la extranjera persiguen sólo su propia seguridad, y cuando promueven aquélla de forma que su producto tenga el mayor valor posible, sólo aspiran a conseguir su beneficio propio. Pero en éste y en muchos otros casos son conducidos, como por una mano invisible, a promover un fin que nunca fue parte de su intención. De ninguna manera resulta perjudicial para el país el hecho de que los individuos no persigan conscientemente tal propósito. Al contrario, es precisamente cuidando sus propios intereses como promueven el bien común, con más eficacia, a veces, que cuando lo hacen a propósito.

Que yo sepa, nadie que alguna vez haya presumido obrar por el bien de la generalidad ha hecho algo bueno. El gobernante que intentase prescribir a los particulares sus capitales, no sólo se impondría, innecesariamente, una tarea difícil, sino que se arrogaría también una autoridad que no podría confiarse tranquilamente a un Consejo de Estado o a un Senado, ni mucho menos a una sola persona; una autoridad que en ninguna parte sería tan peligrosa como en las manos de un hombre que, al ser ya lo suficientemente necio y arrogante, se crea, además, con la capacidad de ejercerla.

Tomado de *La riqueza de las naciones*





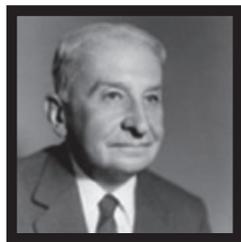
## Frédéric Bastiat

Que sepan los socialistas que no rechazamos la organización natural ni la libre asociación ni la fraternidad espontánea ni la solidaridad providencial. Rechazamos la organización cuando es forzada, las formas de asociación que el socialismo pretende imponernos, la fraternidad mandada por la ley y la solidaridad artificial, que no es sino un desplazamiento injusto de la responsabilidad.

El socialismo, igual que la vieja política de la que emana, confunde gobierno y sociedad. Y por esta razón, cada vez que nosotros rechazamos que el Gobierno se

encargue de realizar alguna cosa, los socialistas coligen que rechazamos absolutamente que esa cosa se realice. Si rechazamos la educación estatal, ellos concluyen que rechazamos la educación. Si nos oponemos a una religión del Estado, ellos infieren que nos oponemos a la religión. Si rechazamos la igualdad como política de Estado, ellos concluyen que no queremos igualdad. Los socialistas nos acusarían de no querer que la gente coma pan si escucharan que nos oponemos a la idea de que el Estado se encargue de cultivar trigo.

Tomado de *La ley*



## Ludwig von Mises

Los pensadores liberales de la Francia del siglo XVIII condensaron su filosofía en la conocida frase *laissez faire, laissez passer*. Aspiraban a implantar un mercado libre de trabas; abogaban por la abolición de todos los obstáculos que impedían al hombre eficaz e industrial prevalecer sobre sus más torpes e ineficientes competidores, y por la supresión de todo lo que perturbaba el desplazamiento de las personas y la circulación de las cosas. Esto era lo que quería decir la famosa máxima.

En nuestra época de apasionado anhelo de la omnipotencia gubernamental, la fórmula ha caído en desgracia. La opinión pública la considera hoy como manifestación de depravación moral y de supina ignorancia.

El intervencionista plantea la disyuntiva entre unas “fuerzas ciegas y automáticas” y una “planificación consciente”. Es evidente, deja entender, que confiar en procesos irreflexivos es pura estupidez. Nadie en su sano juicio puede propugnar la inhibición; que todo siga su curso sin que intervenga ninguna voluntad consciente. Cualquier ordenamiento racional de la vida económica será siempre superior a la ausencia de todo plan. El *laissez faire* significa: Dejad que perduren las desgracias; no interfiráis, no hagáis nada por mejorar racionalmente la suerte de la humanidad.

Éste es un planteamiento falaz. El argumento a favor de la planificación deriva exclusivamente de una

inadmisible interpretación de una metáfora. No tiene otra base que las connotaciones implícitas en el término ‘automático’, que suele aplicarse en un sentido metafórico para describir el proceso de mercado. ‘Automático’, según el Concise Oxford Dictionary, significa “inconsciente, ininteligente, meramente mecánico”, y según el Webster’s Collegiate Dictionary, lo “no sujeto al control de la voluntad..., realizado sin reflexión mental, sin intención o dirección consciente”. ¡Qué gran baza para los partidarios del dirigismo poder jugar tan valiosa carta!

Lo cierto es que la alternativa no se plantea entre inerte mecanismo, de un lado, y sabia organización, de otro; entre la presencia o la ausencia de un plan. La cuestión es: ¿Quién planifica? ¿Debe cada miembro de la sociedad hacer sus propios planes o debe planificar para todos un gobierno benevolente? El dilema no es: automatismo frente acción consciente, sino acción autónoma de cada individuo frente acción exclusiva del gobierno, o bien: libertad frente a omnipotencia gubernamental.

El *laissez faire* no pretende desencadenar unas supuestas fuerzas ciegas e incontroladas. Lo que quiere es dejar a todos en libertad para que cada uno decida cómo concretamente va a cooperar en la división social del trabajo y que los consumidores sean, en definitiva, quienes determinen lo que los empresarios hayan de producir. La planificación, en cambio, supone autorizar al gobernante para que, por sí y ante sí, se valga de



los resortes de la represión y con base en ello resuelva e imponga.

Pero bajo el *laissez faire*, replica el dirigista, no se producen aquellos bienes que la gente ‘realmente’ necesita, sino los que mayor beneficio reportan, y el

objetivo de la planificación debe ser encauzar la producción de suerte que queden satisfechas las ‘verdaderas’ necesidades. Pero ¿quién es capaz de decidir cuáles son esas ‘verdaderas’ necesidades?

Tomado de *La acción humana*



## Friedrich A. Hayek

La filosofía conservadora, por su propia condición, jamás nos ofrece alternativa ni novedad alguna. Tal mentalidad, interesante cuando se trata de impedir el desarrollo de procesos perjudiciales, de nada nos sirve si lo que pretendemos es modificar y mejorar la situación presente. De ahí que el triste destino del conservador sea ir siempre a remolque de los acontecimientos. Es posible que el quietismo conservador, aplicado al ímpetu progresista, reduzca la velocidad de la evolución, pero jamás puede hacer variar de signo al movimiento. Tal vez sea preciso aplicar el freno al vehículo del progreso pero yo, personalmente, no concibo dedicar con exclusividad la vida a tal función. Al liberal no le preocupa cuán lejos ni a qué velocidad vamos; lo único que le importa es aclarar si marchamos en la buena dirección. En realidad se halla mucho más distante del fanático colectivista que el conservador. Comparte este último, por lo general, todos los prejuicios y errores de su época, si bien de un modo moderado y suave; por eso se enfrenta tan a menudo al auténtico liberal quien, una y otra vez, ha de mostrar su tajante disconformidad con falacias que tanto los conservadores como los socialistas mantienen.

Tomado de *Por qué no soy conservador*

Para que el hombre no haga más mal que bien en sus esfuerzos por mejorar el orden social debe aprender que aquí, como en todos los demás campos donde prevalece la complejidad esencial organizada, no puede adquirir todo el conocimiento que le permitirá el dominio de los acontecimientos. En consecuencia, tendrá que usar el conocimiento que pueda alcanzar, no para moldear los resultados, como el artesano moldea sus obras, sino para cultivar el crecimiento mediante la provisión del ambiente adecuado, a la manera como el jardinero actúa con sus plantas. En el sentimiento de excitación generado por el poderío siempre creciente –engendrado por el adelanto de las ciencias físicas– y que tienta al hombre, existe el peligro de que éste, “embriagado de éxito” –para usar una frase característica del comunismo inicial– trate de someter al control de una voluntad humana no sólo nuestro ambiente natural, sino también el ambiente humano. En realidad, el reconocimiento de los límites insuperables de su conocimiento debiera enseñar al estudioso de la sociedad una lección de humildad

que lo protegiera en contra de la posibilidad de convertirse en cómplice de la tendencia fatal de los hombres a controlar la sociedad, una tendencia que no sólo los convierte en tiranos de sus semejantes, sino que puede llevarlos a destruir una civilización no diseñada por ningún cerebro, alimentada de los esfuerzos libres de millones de individuos.

Tomado de *La pretensión del conocimiento*

Cuando se afirma que el progreso tecnológico moderno hace inevitable la planificación puede esto interpretarse de otra manera diferente. Puede significar que la complejidad de nuestra moderna civilización industrial crea nuevos problemas que no podemos intentar resolver con eficacia si no es mediante la planificación centralizada. En cierto modo esto es verdad, pero no el amplio sentido que se pretende. Es, por ejemplo, un lugar común que muchos de los problemas creados por la ciudad moderna, como muchos otros problemas ocasionados por la apretada contigüidad en el espacio, no pueden resolverse adecuadamente por la competencia.

Pero no son estos problemas, ni tampoco los de los “servicios públicos” y otros semejantes, los que ocupan la mente de quienes invocan la complejidad de la civilización moderna como un argumento en pro de la planificación centralizada. Lo que, generalmente, sugieren es que la creciente dificultad para obtener una imagen coherente del proceso económico completo hace indispensable que un organismo central coordine las cosas si la vida social no ha de disolverse en el caos.

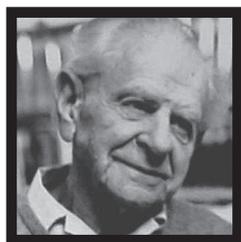
Este argumento supone desconocer por completo cómo opera la competencia. Lejos de ser propia para condiciones relativamente sencillas, es la gran complejidad de la división del trabajo, en las condiciones modernas, lo que hace de la competencia el único método que permite efectuar adecuadamente aquella coordinación. No habría dificultad para establecer una intervención o planificación eficiente si las condiciones fueran tan sencillas que una sola persona u oficina pudiera atender con eficacia todos los hechos importantes. Sólo cuando los factores importantes que han de tenerse en cuenta llegan a ser tan numerosos que es imposible lograr una vista sinóptica de ellos, se hace imperativa la descen-



tralización. Pero cuando ésta es necesaria surge el problema de la coordinación; una coordinación que deje en libertad a cada organismo, por separado, para ajustar sus actividades a los hechos que él solo puede conocer, y, sin embargo, realice un mutuo ajuste de los respectivos planes. Como la descentralización se ha hecho necesaria porque nadie puede contrapesar conscientemente todas las consideraciones que intervienen en las decisiones de tantos individuos, la coordinación no puede, evidentemente, efectuarse a través de una 'intervención explícita', sino tan solo con medidas que procuren a cada agente la información necesaria para que pueda

ajustar con eficacia sus decisiones a las de los demás. Y como jamás pueden conocerse a plenitud todos los detalles de los cambios que afectan de modo constante las condiciones de la demanda y la oferta de las diferentes mercancías ni hay centro alguno que pueda recogerlos y difundirlos con bastante rapidez, lo que se precisa es algún instrumento registrador que automáticamente recoja todos los efectos relevantes de las acciones individuales, y cuyos indicadores sean el resultado –y a la vez la guía– de todas estas decisiones individuales.

Tomado de *Camino de servidumbre*



## Karl R. Popper

¿Por qué, entonces, atacar a Marx? Pese a todos sus méritos, Marx fue, a mi entender, un falso profeta. Presagió acerca del curso de la historia, y sus predicciones no resultaron ciertas. Sin embargo, no es ésta mi principal acusación. Mucho más importante es que haya conducido por la senda equivocada a docenas de poderosas mentalidades y las haya convencido de que la profecía histórica era el método científico indicado para la resolución de los problemas sociales. Marx es responsable de la devastadora influencia del método de pensamiento historicista en las filas de quienes desean defender la causa de la sociedad abierta.

Pero ¿es cierto que el marxismo sea una expresión pura del historicismo? ¿No hay cierto grado de tecnología social en el marxismo? El hecho de que Rusia haya realizado audaces y a veces exitosos experimentos en el campo de la ingeniería social ha llevado a muchos a la conclusión de que el marxismo, como ciencia o credo que sirve de base a la experiencia rusa, debe ser una especie de tecnología social o, por lo menos, favorable a su práctica. Sin embargo, nadie que conozca un poco acerca de la historia del marxismo puede cometer este error. El marxismo es una teoría puramente histórica, una teoría que aspira a predecir el curso futuro de las evoluciones económicas y, en especial, de las revoluciones. Como tal, no proporcionó ciertamente la base de la política del Partido Comunista ruso después de su advenimiento al poder político. Puesto que Marx había prohibido prácticamente toda tecnología social –a la que acusaba de utópica– sus discípulos rusos se encontraron, en un principio, desprevenidos y faltos de preparación para acometer las grandes empresas necesarias en el campo de la ingeniería social. Como no tardó en comprender Lenin, de poco o nada servía la ayuda que podía prestar

el marxismo en los problemas de la economía práctica. “No conozco a ningún socialista que se haya ocupado de estos problemas”, expresó Lenin después de su advenimiento al poder; “nada de esto se hallaba escrito en los textos bolcheviques, o en los de los mencheviques”. Tras un periodo de infructuosa experimentación, el llamado “periodo de la batalla comunista”, Lenin decidió adoptar ciertas medidas que significaban, en realidad, una regresión limitada y pasajera a la empresa privada. La llamada NEP (Nueva Política Económica) y los experimentos posteriores, como por ejemplo los planes quinquenales, no tienen absolutamente nada que ver con las teorías del socialismo científico sustentadas en otro tiempo por Marx y Engels. No es posible apreciar cabalmente ni la situación peculiar en que se encontró Lenin antes de introducir el NEP ni sus conquistas, sin la debida consideración de este punto. Las vastas investigaciones económicas de Marx no rozaron siquiera los problemas de una política económica constructiva, por ejemplo, la planificación económica. Como bien lo admite Lenin, “difícilmente halla una palabra sobre la economía del socialismo en la obra de Marx”, aparte de esos inútiles lemas como el de “de cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades”. La razón estriba en que la investigación económica de Marx se halla, por completo, supeditada a su profetizar histórico. Pero más aún: Marx destacó con vehemencia la oposición existente entre el método puramente historicista y toda tentativa de realizar un análisis económico en función de una planificación racional. Estos intentos fueron calificados por Marx como utópicos e ilícitos. En consecuencia, los marxistas ni siquiera estudiaron lo que los llamados ‘economistas burgueses’ habían logrado en este campo. Por su educación, se hallaban to-

davía menos preparados para la obra constructiva que los propios 'economistas burgueses'.

## “Marx fue un falso profeta: Presagió acerca del curso de la historia, y sus predicciones no resultaron ciertas”.

Marx creyó ver su misión específica en la liberación del socialismo de su trasfondo sentimental, moralista y visionario. El socialismo debía pasar de la etapa utópica a la científica; debía basarse en el método científico de la causa y el efecto y en la predicción científica. Y puesto que suponía que la predicción en el campo de la sociedad debía ser la misma que la profecía histórica, el socialismo científico habría de basarse en el estudio de

las causas y efectos históricos y, finalmente, en la profecía de su propio advenimiento.

Cuando los marxistas encuentran que sus teorías son el blanco de ataques, optan por advertir que el marxismo, más que una doctrina, es un método. Afirman, así, que aun en el caso de que alguna parte específica de las doctrinas de Marx o de algunos de sus discípulos fuera superada, su método se mantendría inexpugnable. A mi entender, es correcto insistir en que el marxismo constituye, fundamentalmente, un método. Pero ya no es tan correcto creer que, como método, haya de estar a salvo de todo ataque. El hecho es, simplemente, que todo aquel que quiera juzgar al marxismo deberá considerarlo y criticarlo como método, o sea, que tendrá que medirlo con sus patrones metodológicos. Así, deberá preguntarse si es un método fructífero o estéril, es decir, si es o no capaz de estimular la labor de la ciencia. De este modo, los patrones mediante los cuales se debe juzgar el método marxista son de naturaleza práctica. Al describir al marxismo como la forma más pura del historicismo creo haber dejado bien sentado que, a mi juicio, el método marxista es, en verdad, sumamente pobre.

Tomado de *La sociedad abierta y sus enemigos*



## Raymond Aron

En 1963, en un occidente próspero, Marx no parece tener razón en materia económica, precisamente en el campo en que era uno de los hombres más sabios y eruditos de su tiempo. Tocqueville, sin embargo, a pesar de su ignorancia (naturalmente, relativa) o tal vez gracias a ella, parece haber adivinado el futuro. Gracias a su sentido común, o a su intuición, Tocqueville admite, sin prueba sólida ni profundo análisis, que una sociedad obsesionada por el ansia de bienestar será capaz de garantizar al mayor número posible de personas el estatuto moral y la condición económica de las clases medias. Una sociedad semejante se verá sacudida por reivindicaciones incesantes y por conflictos de intereses, pero poco inclinada a las revoluciones. Demasiados individuos tendrán mucho que perder para que la insatisfacción

endémica se traduzca en una revuelta. “Lo que no pueda conseguir hoy, puedo conseguirlo mañana, y mis hijos obtendrán lo que me es imposible obtener”. De esta forma, sin excesiva paradoja, puede atribuirse a Tocqueville el mérito de haber presentido la sociedad inquieta y pacífica en que viven los occidentales, quince años después de la Segunda Guerra Mundial.

Paralelamente, sin embargo, no se puede dejar de atribuir a Marx un error capital: la predicción de que, en un régimen de propiedad privada y de mercado, la condición de las masas empeoraría de manera fatal, y de que, paralizado por las contradicciones y desgarrado por la lucha de clases, el capitalismo, incapaz de transformarse, perecería.

Tomado de *Ensayo sobre las libertades*



La evidencia histórica habla con una sola voz sobre la relación entre la libertad política y el mercado libre. No conozco de ningún ejemplo en el tiempo o el espacio de una sociedad que esté marcada por una gran medida de libertad política, y que a la vez no haya usado algo comparable al mercado libre para organizar el grueso de su actividad económica.

...Tendemos a olvidar qué tan limitado es el lapso de tiempo y la parte del mundo en la que haya existido cualquier cosa similar a la libertad política: la condición típica de la humanidad es la tiranía, la servidumbre y la miseria. El siglo XIX y el principio del siglo XX en el mundo occidental sobresalen como excepciones llamativas a la tendencia general del desarrollo histórico. La libertad política en este ejemplo se dio claramente junto al mercado libre y el desarrollo de instituciones capitalistas.

De igual manera lo hizo la libertad política en la era dorada de Grecia y en los albores de la era romana.

Por supuesto que la existencia de un mercado libre no elimina la necesidad de un gobierno.

Al contrario, el gobierno es esencial tanto como un foro para determinar las reglas del juego así como un juez para interpretar y hacer cumplir las reglas que se hayan decidido. Lo que el mercado hace es reducir en gran medida el rango de temas que se deben decidir por la vía política, y por ende minimizar el alcance en que el gobierno debe participar directamente en el juego. El rasgo característico de la acción a través de medios políticos es que tiende a requerir o imponer conformidad sustancial. Por otro lado, la gran ventaja del mercado es que permite amplia diversidad. Es, en términos políticos, un sistema de representación proporcional. Cada hombre puede votar, por ejemplo, por el color de corbata que desee y obtenerlo; no tiene que esperar y ver qué color quiere la mayoría, y después, si está en la minoría, someterse.

Milton Friedman  
*Capitalismo y Libertad*

Yo defino la igualdad de oportunidad de la siguiente manera: igualdad ante la ley. Es una profesión abierta a los talentos. Ningún obstáculo arbitrario debería impedir que la gente obtenga una posición para la cual tenga los talentos y los valores adecuados. Ni el lugar de nacimiento, la nacionalidad, el color, la religión, el sexo u otra característica irrelevante debería determinar las oportunidades disponibles a una persona – solamente sus habilidades. La igualdad de oportunidad, como la igualdad personal, no es inconsistente con la libertad; al contrario, es un componente esencial de ésta. Si a alguna persona se le niega el acceso a posiciones particulares en la vida para las que está capacitada simplemente por sus raíces étnicas, color de piel o religión, esta es una interferencia con su derecho a la vida, la libertad, y la búsqueda de la felicidad.

Milton Friedman  
*Libertad de elegir*





## Ayn Rand

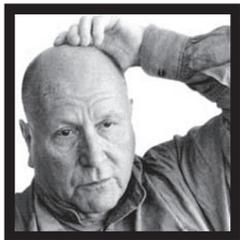
Hay una corrupción moral atroz al decir que una dictadura se puede justificar por un 'buen motivo' o por un 'motivo desinteresado'. Todas las tendencias brutales y criminales que la humanidad, a través de siglos de lenta ascensión, desde la barbarie, ha aprendido a reconocer como perniciosas e impracticables, se han refugiado ahora detrás del rótulo de 'sociales'. En la actualidad, muchos hombres creen que está mal robar, asesinar, y torturar en beneficio propio, pero es virtuoso hacerlo en beneficio de otros.

Usted no puede dar rienda suelta a la violencia en provecho propio, dicen, pero puede hacerlo sin titubear si

es en provecho de otros. Quizás la afirmación más repugnante que uno pueda oír es: por supuesto, Stalin mató a millones, pero es justificable ya que fue en beneficio de las masas. El colectivismo es el último reducto de la barbarie en las mentes de los hombres.

No vaya a considerar nunca a los colectivistas como 'idealistas sinceros, pero engañados'. La proposición de esclavizar a algunos hombres en beneficio de otros no es un ideal; la brutalidad no es 'idealista', cualesquiera que sean sus fines. Jamás vaya a decir que el deseo de 'hacer bien' por la fuerza es un buen motivo. Ni la codicia del poder ni la estupidez son buenos motivos.

Tomado de *Los fundamentos del gobierno*.



## Jean François Revel

La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira. Entre el error involuntario y el engaño deliberado se despliegan numerosas variedades de híbridos en que ambos se mezclan según todas las dosificaciones posibles. Se sabe qué lugar ocupan en nuestra actividad psíquica las delicadas asociaciones de falsedad y sinceridad; la necesidad de creer, más fuerte que el deseo de saber; la mala fe, por la cual tomamos la precaución de disimularnos la verdad a nosotros mismos para estar más seguros de nuestra firmeza cuando la neguemos delante del prójimo; la repugnancia a reconocer un error, salvo si podemos imputarlo a nuestras cualidades; finalmente –y sobre todo– nuestra capacidad para implantar en nuestro espíritu esas explicaciones sistemáticas de lo real que se llaman ideologías, especie de máquinas para escoger los hechos favorables a nuestras convicciones y rechazar los otros.

**“La izquierda sabe que el socialismo ha fracasado, pero no por ello deja de tildar ferozmente a los liberales de reaccionarios”**

Expresiones tales como “decenas de millones de niños mueren cada año de desnutrición en el mundo”, “los países ricos son cada vez más ricos y los países pobres cada vez más pobres”, “la situación alimenticia mundial no cesa de degradarse”, “cada día hay más miseria en el Tercer Mundo”, “la vaca del rico se come el grano del pobre”, “intercambio desigual”, “pillaje de las materias primas”, “dependencia”, “fracaso de la revolución verde”, “cultivos alimenticios sacrificados a los cultivos de exportación”, “el Fondo Monetario Internacional, culpable del hambre del Tercer Mundo”, “las compañías multinacionales manipulan en su provecho los cursos mundiales”, traducen, en el mejor de los casos, teorías demasiado vagas para que se puedan comprobar o refutar, y, en el peor, que es el más frecuente, cínicas contraverdades que se oponen a la experiencia más fácilmente comprobable.

Las conferencias sobre el Tercer Mundo continuarán destinadas al fracaso mientras sólo se discutan las causas económicas del subdesarrollo y se dejen de lado causas políticas, a veces más determinantes, que se llaman despotismo, incompetencia, despilfarro, rapiña, corrupción. Se comprende que ciertos dirigentes del Tercer Mundo se atengan a la tesis del origen puramente externo del

## “La dispensa intelectual de toda ideología consiste en retener sólo los hechos favorables a sus tesis y en negar los otros, omitirlos, olvidarlos, impedir que sean conocidos”

subdesarrollo. Les permite imputar a los desarrollados sus propios fracasos, desviar la atención de su incompetencia y de su rapacidad, y obtener nuevos créditos para perpetuar su ejercicio.

...

¿Por qué no se examina más rápidamente, por ejemplo, el principio de esas sacrosantas ‘reformas agrarias’, que consisten, siempre, no en distribuir la tierra a los campesinos, sino en ponerla en cooperativas, bajo el control de burócratas urbanos ignorantes y venales, lo que produce un tal desaliento en los campesinos y una tal caída de la productividad que países de agricultura antaño vigorosas se ven reducidos hoy a importar productos alimenticios? ¿Por qué no se evocan las consecuencias funestas de la corrupción?

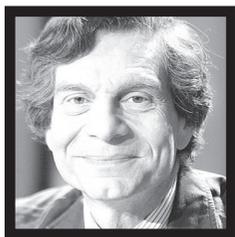
...

La izquierda sabe que el socialismo ha fracasado, pero no por ello deja de tratar más ferozmente a los liberales de reaccionarios. ¿Por qué? Los socialistas se han convertido en liberales ‘pragmáticos’, vienen a ‘me-

ter la hoz en la mies’ de los liberales, pero no quieren ratificar su propia conversión. Necesitan, pues, encontrar un medio para marcar la diferencia y proclamar que los liberales se han hecho derechistas; que sólo ellos, los socialistas, han descubierto el liberalismo ‘de rostro humano’. Inclínados hacia el centro, los socialistas mantienen la ilusión de una identidad cultural y deportan a los centristas hacia la derecha.

¿Qué es una ideología? Es una triple dispensa: intelectual, práctica y moral. La primera consiste en retener sólo los hechos favorables a la tesis que se sostiene, incluso en inventarlos totalmente, y en negar los otros, omitirlos, olvidarlos, impedir que sean conocidos. La dispensa práctica suprime el criterio de la eficacia, quita todo valor de refutación a los fracasos. Una de las funciones de la ideología es, además, fabricar explicaciones que los excusan. A veces la explicación se reduce a una pura afirmación, a un acto de fe: “No es al socialismo al que deben imputar las dificultades encontradas por países socialistas”, escribe Mijail Gorbachov en su libro *Perestroika*, publicado en 1987. Reducida a su armazón lógica, esta frase equivale a esto: “No es al agua a la que se deben imputar los problemas de la humedad que se plantean en los países inundados.” La dispensa moral suprime toda noción de bien y de mal para los actores ideológicos; o más bien, el servicio de la ideología es el que ocupa el lugar de la moral. Lo que es crimen o vicio para el hombre común no lo es para ellos. La absolución ideológica del asesinato y del genocidio ha sido ampliamente tratada por los historiadores.

Tomado de *El conocimiento inútil*



### Guy Sorman

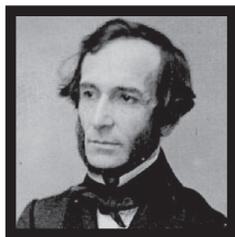
El Estado es incapaz de generar crecimiento, puesto que éste nunca es el producto de una planificación racional; el crecimiento nace de la efervescencia de la imaginación de los hombres. Además, los gobernantes son tan poco aptos para suscitar crecimiento económico que su ‘política industrial’ será lógicamente tributaria de las exigencias electorales más que de las exigencias económicas.

El crecimiento es –para retomar los términos de Jean-Baptiste Say, un fundador francés del liberalismo– el resultado de la oferta de productores que suscita,

a su vez, la demanda de los consumidores. Esta oferta es tributaria de un clima que estimula o desalienta a los productores. Estos ‘activistas’ de la economía, creadores de riquezas, son una minoría en cada nación; no se distinguen por su fortuna ni por su cultura, sino por su voluntad de emprender, raramente reconocida por la sociedad francesa y frecuentemente aún menos por el Estado. Lo que se llama ‘crisis’ ha sido en gran parte causada por la asfixia de estos ‘activistas’, desalentados por los impuestos y el intervencionismo de la administración. Un exceso de Estado nos ha hundido en la crisis

y de ella, el mundo industrial está en camino de salir no con más, sino con menos Estado.

La economía es como un órgano vivo que reacciona ante los desafíos exteriores. Ahora bien, todas las intervenciones públicas tienden a proteger las actividades declinantes por razones electorales de corto plazo y a multiplicar monopolios y rentas oficiales. El proyecto liberal consiste no en intervenir, sino en todo lo contrario, en 'desintervenir' y no reglamentar, sino 'desreglamentar'. A la manera de lo que hacen naciones liberales como



## Juan Bautista Alberdi

La iniciativa privada ha desmontado, desaguado, fertilizado nuestras compañías y edificado nuestras ciudades; ella ha descubierto y explotado minas, trazado rutas, abierto canales, construido caminos de hierro con sus trabajos de arte; ella ha inventado y llevado a su perfección el arado, el oficio de tejer, la máquina de vapor, la prensa, innumerables máquinas; ha construido nuestros bajeles, nuestras inmensas manufacturas, los recipientes de nuestros puertos; ella ha formado los bancos, las compañías de seguros, los periódicos, ha cubierto la mar de una red de líneas de vapor, y la tierra de una red eléctrica. La iniciativa privada ha conducido la agricultura, la industria y el comercio a la prosperidad presente y en la actualidad la impele en la misma vía con rapidez creciente. ¿Por eso desconfiáis de la inicia-



## Octavio Paz

Las perversiones que ha sufrido el marxismo durante los últimos años me obligan a recordar que Marx y Engels concibieron siempre al socialismo como una consecuencia del desarrollo y no como un método para alcanzarlo. Una de las lagunas del marxismo –me refiero al verdadero, no a las lucubraciones delirantes que circulan por nuestros países– es la pobreza y la insuficiencia de sus conceptos sobre el subdesarrollo económico. Los grandes autores han dicho poco sobre el tema. Todos ellos, comenzando

Gran Bretaña, Japón o los Estados Unidos, ¡abramos a la competencia el mundo de la comunicación (teléfono, televisión), de los bancos, de los servicios públicos, de los servicios sociales! Desmantelemos los monopolios públicos y privados, y lancemos a la aventura económica, tecnológica y multinacional a los miles de franceses que están listos para ello. Este movimiento de 'desreglamentación' debe extenderse por toda Europa.

“ ¡Abramos a la competencia el mundo de la comunicación, de los bancos, de los servicios públicos y los servicios sociales! ”

tiva privada?

Porque, además, para esto último, el Estado absorbe toda la actividad de los individuos; esto es, el Gobierno engancha en las filas de sus empleados a los individuos que serían más capaces entregados a sí mismos. En todo interviene el Estado y todo se hace por su iniciativa en la gestión de sus intereses públicos. El Estado se hace fabricante, constructor, empresario, banquero, comerciante, editor, y se distrae así de su mandato esencial y único que es proteger contra toda agresión interna y externa a los individuos de que se compone. En todas las funciones que no son de la esencia del Gobierno, obra como un ignorante y como un concurrente dañino de los particulares, y empeora el servicio del país, lejos de mejorarlo.

*Discurso pronunciado en el acto de graduación de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de la Universidad de Buenos Aires, el 24 de mayo de 1880.*

por Marx y Engels, tuvieron los ojos puestos en los países capitalistas más avanzados.

El fracaso del régimen de Castro es manifiesto e innegable. Es visible en tres aspectos cardinales. El internacional: Cuba aún es un país dependiente, aunque ahora de la Unión Soviética. El político: los cubanos son menos libres que antes. El económico y social: su población sufre más estrecheces y penalidades que hace veinticinco años.

Durante años y años los intelectuales latinoamericana-

nos y muchos europeos se negaron a escuchar a los desterrados, disidentes y perseguidos cubanos. Pero es imposible tapar el sol con un dedo. Hace apenas unos años sorprendió al mundo la fuga de más de cien mil personas, una cifra enorme si se piensa en la población de la isla. La sorpresa fue mayor cuando vimos a los fugitivos en las pantallas de cine y televisión: no eran burgueses partidarios del viejo régimen ni tampoco disidentes políticos, sino gente humilde, hombres y mujeres del pueblo, desesperados y hambrientos. Las autoridades cubanas indicaron que todas esas personas no tenían “problemas políticos” y había algo de verdad en esa declaración: aquella masa humana no estaba formada por opositores, sino por ‘fugitivos’. La fuga de los cubanos no fue esencialmente distinta a las ocurridas en Cambodia y



## Carlos Rangel

Algunos cristianos primitivos tuvieron la convicción de que tras su segundo advenimiento, Cristo establecería en la tierra un reino perfecto, de mil años. Desde entonces el ‘milenario’ ha sido una fiebre recurrente de la humanidad, y en un tiempo de degradación y superficialización de los grandes mitos profundos y eternos, ese milenario se ha hecho ‘revolucionismo’ secular. La caída habría sido el establecimiento de la propiedad privada. Antes de existir esa institución ‘antinatural’, los hombres habrían sido todos iguales y dichosos, y volverán a serlo automáticamente al quedar ella abolida.

Las sectas milenaristas (o revolucionarias) invariablemente han concebido la salvación como total, en el sentido de que mediante una transformación súbita, la vida en la tierra quedará transformada, devuelta a la perfección que tuvo antes de la caída (o antes de la propiedad privada).

A la vez, las explosiones de fe milenarista (o revolucionaria) han estado invariablemente acompañadas por el ascenso fulgurante de profetas y mártires, dotados de cualidades especiales: elocuencia, valor, magnetismo personal, carisma.

Sin duda, el milenario y el revolucionismo están reñidos con el espíritu racionalista que hizo la grandeza de Occidente; pero, en cambio, son supremamente tentadores para quienes se sienten ‘preteridos’, marginados frustrados, fracasados, despojados de su derecho natural al goce igual de los bienes de la tierra de que supuestamente disfrutaban los buenos salvajes de América antes de la llegada de las fatídicas carabelas.

Eso explica que la América triunfadora, los EE. UU.,

Vietnam, y responde a la misma causa. Fue una de las consecuencias sociales y humanas de la implantación de las dictaduras burocráticas que han usurpado el nombre del socialismo. Las víctimas de la “dictadura del proletariado” no son los burgueses; lo son los proletarios.

Castro gobierna en nombre de la historia. Como la voluntad divina, la historia es una instancia superior inmune a las erráticas y las contradictorias opiniones de las masas. Sería inútil tratar de refutar esta concepción: no es una doctrina, sino una creencia, encarnada en un partido cuya naturaleza es doble: es una iglesia y es un ejército. El apuro que sentimos ante este nuevo obscurantismo no es esencialmente distinto al que experimentaron nuestros abuelos liberales frente a los ultramontanos de 1800.

Tomado de *Tiempo nublado*

hayan hecho un uso muy moderado del mito del buen salvaje, y tenga una resistencia sana (mayor que la de Europa) al mito del buen revolucionario. Y explica también que la América fracasada, la América Latina, sea especialmente vulnerable a ambos mitos.

El buen salvaje tiene en la psiquis de los estadounidenses un sitio tan reducido como en la historia del país. “El último de los mohicanos” es noble, sin duda, pero es ‘otro’, y está a punto de desaparecer para siempre.

En contraste, esa necesidad ha sido el hecho central y todavía es el cáncer de Latinoamérica, donde el conquistador español creó una sociedad de la cual los indios, reducidos a la servidumbre, formaban parte orgánica e indispensable, los hombres por su trabajo, las mujeres por su sexo. En consecuencia, los latinoamericanos somos a la vez descendientes de los conquistadores y del pueblo conquistado, de los amos y de los esclavos, de los raptos y de las mujeres violadas. El mito del buen salvaje nos concierne personalmente. Es a la vez nuestro orgullo y nuestra vergüenza.

En la extremidad de nuestra frustración y de nuestra irracionalidad, llegaremos a no admitir otra filiación, y aún hijos o nietos de inmigrantes europeos muy recientes, seremos “tupamaros” (de Túpac Amaru, líder en el siglo XVIII de un a sublevación indígena en el Virreinato del Perú). De este modo, el buen salvaje se convierte en el buen revolucionario, “aventurero romántico, Robin Hood rojo, don Quijote del comunismo, nuevo Garibaldi, Saint-Just marxista, Cid Campeador de los condenados de la tierra, Sir Galahad de los miserables, Cristo laico, San Ernesto de la Higuera”, Che.

Tomado de *Del Buen salvaje al buen revolucionario*

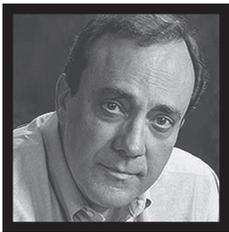


## Mario Vargas Llosa

Porque ninguno de los dos se avergonzaba de ser llamado un liberal, palabra que, a pesar de todas las montañas de insidia con que han querido ensuciarla en estas décadas, sigue siendo, para mí, como lo era para Revel, una palabra hermosísima, pariente sanguínea de la libertad y de las mejores cosas que le han pasado a la humanidad, desde el nacimiento del individuo. La democracia, el reconocimiento del otro, los derechos humanos, la lenta

disolución de las fronteras y la coexistencia en la diversidad. No hay palabra que represente mejor la idea de civilización y que esté más reñida con todas las manifestaciones de la barbarie que han llenado de sangre, injusticia, censura, crímenes y explotación la historia humana.

Tomado del prólogo del libro *Memorias El ladrón en la casa vacía de Jean François Revel: Las batallas de Jean François Revel*



## Carlos Alberto Montaner

¿Son tan malos como dicen sus adversarios? A juzgar por los ataques de la Internacional Socialista, los liberales son poco menos que una pandilla de desalmados que profesan una perversa ideología consagrada a la explotación de los pobres. Eso es una tontería. Comencemos por rechazar la errada suposición de que el liberalismo es una ideología. Una ideología es siempre una concepción del acontecer humano –de su historia, de su forma de realizar transacciones, de la manera como deberían hacerse–, que parte del rígido criterio de que el ideólogo conoce de dónde viene la humanidad, por qué se desplaza en esa dirección y hacia dónde debe ir. De ahí que toda ideología, por definición, sea un tratado de ‘ingeniería social’, y cada ideólogo sea, a su vez, un ‘ingeniero social’. Alguien dedicado a la siempre peligrosa tarea de crear ‘hombres nuevos’, no contaminados por las huellas del antiguo régimen. Sólo que esa actitud, lamentablemente, suele dar lugar a grandes catástrofes, y en ella está, el origen del totalitarismo.

Otro de los principios básicos que aúnan a los liberales es el respeto por la propiedad privada, actitud que no se deriva de una concepción dogmática contraria a la solidaridad –como suelen afirmar los adversarios del liberalismo–, sino de otra observación extraída de la realidad: donde no hay propiedad privada no existen las libertades individuales, pues todos acabamos en manos de un Estado que nos dispensa y administra arbitrariamente los medios para que subsistamos. Donde no hay propiedad privada ni siquiera es posible la rebelión contra la tiranía.

¿En qué más creen los liberales? Obviamente, en el valor básico que le da nombre y sentido al grupo: la libertad individual. Libertad que –al margen de la aceptada Declaración Universal de los Derechos Humanos– se debe definir como un modo de relación con los demás, en el que la persona puede tomar la mayor parte de las decisiones que afectan su vida dentro de las limitaciones que dicta la realidad.

Tomado de *Las columnas de la libertad*



## Enrique Krauze

El populismo en Iberoamérica ha adoptado una desconcertante amalgama de posturas ideológicas.

Izquierdas y derechas podrían reivindicar para sí la paternidad del populismo, todas al conjuro de la palabra

mágica: 'Pueblo'. Populista quintaesencial fue el general Juan Domingo Perón, quien había atestiguado directamente el ascenso del fascismo italiano y admiraba a Mussolini, hasta el punto de querer "erigirle un monumento en cada esquina". Populista posmoderno es el comandante Hugo Chávez, quien venera a Castro, tanto que pretende convertir a Venezuela en una colonia experimental del 'nuevo socialismo'. Los extremos se tocan, son cara y cruz de un mismo fenómeno político cuya caracterización, por tanto, no debe intentarse por la vía de su contenido ideológico, sino de su funcionamiento.

El populista no sólo usa y abusa de la palabra: se apodera de ella. La palabra es el vehículo específico de su carisma. El populista se siente el intérprete supremo de la verdad general y también la agencia de noticias del pueblo. Habla con el público de manera constante, atiza sus pasiones, "alumbra el camino", y hace todo ello sin limitaciones ni intermediarios. Weber apunta que el caudillaje político surge primero en los Estado-ciudad del Mediterráneo en la figura del 'demagogo'.



## Alvaro Vargas Llosa

La reforma de las jubilaciones, un tipo de privatización impensable hace algunas décadas, tuvo a Chile como país pionero. Una ley de 1980 permitió a los trabajadores salirse del programa financiado por el Estado y depositar en una cuenta de jubilación privada el dinero que de otro modo hubiese sido capturado por el impuesto sobre las nóminas. Se requirió que aquellos que optaran por salirse del sistema de reparto estatal (una inmensa mayoría acabó haciéndolo) depositaran 10% de su salario en cuentas personales administradas por fondos privados de pensiones de su libre elección. Quienes ya recibían pensiones estatales seguirían recibéndolas, y aquellos que ya habían hecho aportes al sistema de reparto, pero preferirían emigrar al sistema de cuentas personales, obtendrían 'un bono de reconocimiento' con intereses.

Algunas normas establecían que los de mayor edad debían escoger fondos de pensiones cuyas carteras de inversiones reposaran mayormente en títulos de interés fijo, mientras que las generaciones más jóvenes podían usar fondos de pensiones que invirtieran una mayor porción del capital en acciones.

La reforma, que fue extendida al programa estatal para los discapacitados, dio poder a los trabajadores y los convirtió en propietarios, elevó las tasas de ahorro y de inversión gracias a una acumulación de activos que ahora asciende a más de 40 mil millones de dólares o 50% del PIB del país, modernizó los mercados de capi-

Aristóteles (Política, V) sostiene que la demagogia es la causa principal de "las revoluciones en las democracias" y advierte una convergencia entre el poder militar y el poder de la retórica que parece una prefiguración de Perón y Chávez: "En los tiempos antiguos, cuando el demagogo era también general, la democracia se transformaba en tiranía; la mayoría de los antiguos tiranos fueron demagogos". Más tarde se desarrolló la habilidad retórica y llegó la hora de los demagogos puros: "Ahora quienes dirigen al pueblo son los que saben hablar".

Hace veinticinco siglos esa distorsión de la verdad pública (tan lejana a la democracia como la sofística de la filosofía) se desplegaba en el Ágora real; en el siglo XX lo hace en el Ágora virtual de las ondas sonoras y visuales: de Mussolini (y de Goebbels), Perón aprendió la importancia política de la radio que Evita y él utilizarían para hipnotizar a las masas. Chávez, por su parte, ha superado a Castro, su mentor, en utilizar hasta el paroxismo la oratoria televisiva.

Tomado de *Decálogo del populismo iberoamericano*

tales y el mercado laboral, y contribuyó a dar a Chile un crecimiento anual de 7% en promedio durante la mayor parte de la década de los 90. El sistema quebrado que obligaba a cada generación nueva, en un mundo de tasas de fertilidad declinantes y creciente expectativa de vida, a mantener a sus mayores, y que transfería riqueza de los menos acomodados a los más prósperos, cedió lugar a un sistema que hizo de la jubilación una forma de empresa y de acumulación de capital en beneficio de las futuras generaciones.

El modelo chileno obtuvo reconocimiento mundial y fue imitado, con variantes, en muchos países latinoamericanos. (...) Los fondos de pensiones privados han acumulado una masa cuantiosa de capital: 20 mil millones de dólares en la Argentina, 13 mil millones de dólares en México, 3 mil millones de dólares en Colombia, 2,5 mil millones de dólares en el Perú, 651 millones de dólares en Uruguay, 575 millones de dólares en Bolivia y 213 millones de dólares en El Salvador. Ningún explotador capitalista ha succionado tanta sangre proletaria como la que estos proletarios han extraído de sus propias venas.

Tomado de *Rumbo a la libertad*

Editores:

Plinio Apuleyo Mendoza

Guillermo Hirschfeld

Juan Manuel Arboleda

